

# EL GALÁN IMPERFECTO

Rafael Gumucio

1

—Tu cuerpo rechaza a tu pene, compadre —decreta el doctor Wagner con su pelo de nibelungo cortado a tijeretazos, mientras busca muestras por toda la consulta y las va acumulando en el centro de su escritorio como un soldado que llena su fortaleza de pertrechos—. Por alguna razón tu sistema inmunológico no reconoce a tu pene como parte tuya. Lo ataca o, más bien, no lo defiende, deja que actúen contra él todos los bichos que andan flotando en el aire, lo que todo el mundo tiene cerca pero que en ti florece y te perjudica. ¿Tú sabes cuántos gérmenes microscópicos hay en este dedo? Miles, millones, trillones. El universo es de los microorganismos. Sin ellos no seríamos nada, compadre. El pan, el queso, el vino, la levadura, todos los licores son eso, hongos microscópicos que lo descomponen todo; no habría civilización sin esporas, la cultura no es más que cultivos. El tiempo lo pudre todo, se come la madera, la roca, para qué decir la piel, los huesos, la caspa, somos como los lagartos que cambian de piel. ¿Me estás entendiendo, compadre, o estoy hablando en chino? A ver, compadre, a ver, para que me entiendas, lo tuyo es como un computador que manda señales equivocadas al computador central. Es como si de repente Marte se saliera del sistema solar o como si decidiéramos que Coquimbo ya no es parte de Chile. Es como Berlín, que antes era mitad de un país y mitad de otro. Eso es lo que tienes: el muro de Berlín en el pene. Pasa, pocas veces, pero pasa. No es tan raro, pero tampoco es común. Hay un caso en dos mil, algo así. Los huevones ignorantes lo confunden con micosis, con psoriasis, se quedan pegados en el síntoma para no ver la enfermedad completa. Yo te estoy diciendo la verdad porque se ve que eres inteligente. Me gusta explicar bien las cosas. Los médicos cumplimos una función pedagógica en el fondo... ¿Ah? No importa eso ahora, no importa, hay factores genéticos y factores ambientales. Pero eso no importa tanto ahora. Es una guerra. Una declaración de guerra entre tu pene y el resto de tu cuerpo. La vamos a pelear hasta el final, amigo mío, no vamos a pactar, nada de huevadas, hasta las últimas consecuencias, vamos a ganar en toda la línea, confíe en mí, soy un samurái en esto. No te preocupes, maestro, tienes suerte de que te haya atendido yo. Cualquiera de los otros te tramitaría cien años, te tendría de examen en examen. Yo veo sólo al diez por ciento de los pacientes aquí. A casi todos los pacientes los atienden mis socias. Yo en general doy el visto bueno al final. Soy el dueño, pero contigo tuve una tincada. Medicina pública, la Chile, J. J. Aguirre, época dura. Si esta huevada es mi pasión. Me metí en esto para salvar vidas y no para sacar bigotes con láser. Soy de los pobres huevones que creen todavía en la medicina con sentido social. Porque la dermatología es la huevada más frustrante del mundo. Dime una actriz, nómbrame una mina de la tele y yo te puedo decir qué tiene. Bueno, en realidad no puedo, porque está el secreto profesional. Compadre, tengo dos casas en

el lago Ranco, una en una orilla y la otra justo en la de enfrente. Y una casa gigante en Maitencillo. Los niños ya se cansaron de viajar a Disney, ahora andan todos en Viena, están haciendo una gira por Europa con dos amigos cada uno a ver si se cultivan un poco los ignorantes, le tienen alergia a los libros mis hijos. Este país, este país se está yendo a la cresta. Estamos jodidos, compadre, aunque yo no me puedo quejar, pero son puras tonteras de casos los que recibimos acá, puros granos que en el fondo dan lo mismo. Lo tuyo es de verdad, compadre, esto que tienes es realmente invalidante. Lo tuyo te puede cagar la vida. No te preocupes, te vamos a sanar. —Y su diminuto cuerpo de fogonero de barco se sienta para preparar la ficha—. ¿Nombre? ¿Edad...? La edad de Cristo. ¿Pareja estable? ¿Tienes sí o no pareja estable?

2

De tener, tengo, doctor. Tengo una pareja estable como dice usted, tan estable que no se ve. Una novia, parece. Una novia de verdad, doctor, con nombre, con apellido, silueta, color de pelo, sonrisa, parece. Veintisiete años, periodista también. Valentina Lira se llama, parece. Linda, eso dice todo el mundo, yo no me atrevo ni a decir ni a negar nada. Nos vamos a casar en seis meses más, parece, cuando se canse de pensar en mí en cada camping y hotel selvático del sudeste asiático. Y los peligros y las pellejerías, los vómitos, el odio a muerte con tu amiga Francisca y tu enemiga Lourdes, la risa hasta perder el aliento con las otras tres. Todo eso que me cuentas sin contar, Valentina, todo eso que resbala de las estúpidas sesiones de Skype, de los mails, de las fotos y los videos que me mandas para convencerte de que no te perderás en la selva, que como escafandra al otro lado del mundo habrá alguien tironeando cuando la profundidad sea demasiada.

—¿Para qué quieres que vaya a Europa? ¿Quién necesita ir a Europa a esta altura de la vida? Europa una ya sabe cómo es, sin necesidad de ir. A mí se me ocurrió el sudeste asiático, a las demás les daba lo mismo, habrían ido donde yo les dijera. Odio la selva pero me gusta el sudeste asiático. Se me metió en la cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué? No sé, porque sí, porque me gustan los nombres, Saigón, Rangún, Bangkok, las bailarinas todas doradas torciendo los dedos. Y los crepúsculos y los vendavales y los budas enterrados y los dioses decapitados de mil brazos y las duchas miserables al lado de ríos que hierven llenos de peces naranjas.